DULCINEA DEL TRUE CRIME III — EXPEDIENTE ZOZOBRA · 1/2

De cómo un chico remaba cada vez más deprisa en una barca que ya se estaba volcando

Lo que don Justo vio en su propio portal antes de que nadie se lo contara

---

Hay casos que llegan por teléfono y casos que llegan por el portal. Este llegó por el portal, que es por donde llegan los que más cuestan, porque uno lleva meses viéndolos pasar con una bolsa al hombro y no sabe que lo son.

Esta vez no me lo contó Inés. Esta vez se lo conté yo a Inés, que es una inversión de papeles que me produjo un orgullo algo tosco y que no voy a disimular. Remedios dice que se me nota en la espalda. Cancerbero no opina, porque a sus catorce años solo opina sobre los horarios del paseo.

Lo que sigue es lo que vi, lo que me contaron y lo que Inés explicó cuando se lo conté todo junto. El orden es el que me fue llegando, no el que tendría que haber tenido. Si lo hubiera tenido, habría llegado antes.

— ✶ —

De la bolsa de deporte que dejó de bajar

Nacho tenía dieciséis años, vivía en el primero B con sus padres y era, hasta hace unos meses, el chico que bajaba los miércoles y los viernes con la bolsa de deporte al hombro, saludaba a Cancerbero con dos palmadas en el lomo y volvía a las nueve y media oliendo a campo de fútbol y a ducha de vestuario. Su padre, Julián, conducía una furgoneta de reparto para Fierabrás e Hijos, de las rutas largas, que sale cuando todavía es de noche y vuelve cuando ya lo es otra vez. Su madre, Rosa, se ocupaba de todo lo demás, que es una frase que se dice con mucha facilidad y se hace con mucho esfuerzo.

Desde la primavera no bajaba con la bolsa.

Lo noté antes de saber que lo había notado, que es la manera en que se notan casi todas las cosas importantes. Treinta y un años de portería me dejaron un oído para los ritmos del edificio: quién baja a qué hora, quién cierra el portal con cuidado y quién con la prisa de quien no quiere que le pregunten. Nacho bajaba tarde, subía tarde y cerraba el portal con la delicadeza de quien huye de algo que todavía no sabe nombrar.

Se lo dije a Remedios una noche, mientras ella repasaba la lista de la compra.

—Ya no va a entrenar.

—Será la edad.

—La edad no te cambia la manera de sostener el móvil —dije—. Lo lleva con la pantalla hacia dentro. Como quien lleva una carta que no quiere que nadie lea.

Remedios levantó los ojos del papel. Llevamos juntos suficientes años como para que distinga cuándo hablo por hablar y cuándo estoy dándole forma a algo.

—¿Y qué piensas hacer?

—Nada. Todavía no. Anotarlo.

Abrí la libreta azul y escribí:

Nacho, primero B. Deja el fútbol. Móvil boca dentro. Baja tarde, sube tarde.

— ✶ —

De Darío, que hace la ronda a las diez y ve más cosas de las que cuenta

Darío lleva ya un tiempo de portero en el catorce y ha adquirido la cualidad que a mí me costó diez años: sabe lo que ve y sabe cuándo decirlo. Un jueves me paró en el portal cuando yo volvía con el pan.

—Don Justo, ¿tiene un minuto? No es nada. O no sé si es algo.

Me contó que Julián, el del primero, le había preguntado, con la torpeza de quien pregunta lo que no quiere saber, si había visto a algún chico raro por el portal.

—Dice que le han salido cargos en la cuenta que no reconoce. Pequeños, de veinte, de treinta euros. Pero muchos y a horas raras: domingos por la tarde, madrugadas. Ha llamado al banco y el banco le ha dicho que están hechos desde su propia aplicación, con su propia clave.

—¿Y qué piensa Julián?

—Que alguien le ha robado los datos. Yo no he querido decirle lo que pienso.

—¿Y qué piensa usted?

Darío miró hacia la escalera antes de contestar, que es lo que hace cuando va a decir algo sobre alguien que podría estar escuchando.

—Que en esa casa solo hay una persona que está todo el día con el móvil en la mano y que no ha vuelto a bajar la bolsa de deporte.

Le dije que había hecho bien en no decírselo a Julián. Darío contestó que lo había pensado, que la frase «su hijo le está robando» no tiene vuelta atrás. Yo añadí que además no era del todo exacta. Me preguntó qué quería decir. Le dije que todavía no lo sabía, pero que cuando un chico de dieciséis años gasta treinta euros a las tres de la madrugada con la clave de su padre, casi nunca está comprando algo.

Anoté:

> *Cargos pequeños, muchos, horas raras, cuenta del padre, clave conocida. No parece un robo. Parece otra cosa.*

— ✶ —

De Sofía, que esta vez no esperó

El mensaje llegó un sábado a las diez y cuarto de la noche. Ya conozco la manera que tiene Sofía de empezar y supe antes de leerlo entero que era de los que se leen dos veces.

> *Abuelo, ¿puedo preguntarte una cosa?*

Le dije que sí, claro. Tardó unos minutos en escribir lo siguiente.

> *Nacho me ha pedido hoy diez euros. Dice que es para un cargador. Pero el otro día le dijo a Hugo que era para una excursión y a Marta que era para el cumpleaños de su primo. Yo le he dicho que no tenía y sí tenía. Me ha dado pena y miedo a la vez y no sé por qué.*

Lo leí dos veces. Luego escribí:

> *No has hecho mal en decirle que no. Y has hecho muy bien en contármelo. ¿Cómo estás tú?*

Rara, contestó. Y después, en un mensaje aparte: Esta vez no me lo he guardado ni un día.

Esa última frase me pareció la más importante de la noche. Sofía había aprendido algo que a mí me costó un año y bastantes errores: que callar no protege a nadie, solo retrasa el momento en que alguien se entera. Le dije que no se preocupara por ayudar a Nacho con dinero ni con sermones, que de eso nos ocupábamos nosotros. Preguntó qué le pasaba. Le dije la verdad: que no lo sabía todavía, que tenía una sospecha y que las sospechas no se dicen en voz alta hasta haberlas comprobado.

—Qué formal, abuelo —contestó, con un emoji que no sé interpretar y que Remedios, a la que se lo enseñé, dijo que significaba más o menos lo mismo que mi frase pero con cariño.

— ✶ —

Del escalón del portal y de lo que no se dijo

Una tarde de octubre salí con Cancerbero a dar el paseo de la tarde y me encontré a Nacho sentado en el escalón del portal, a una hora en que ningún chico de su edad se sienta en un escalón sin motivo. Tenía el móvil en la mano y esta vez la pantalla estaba hacia arriba, porque había dejado de importarle. Vi de reojo una cifra en rojo, con un signo menos delante, que no era la puntuación de ningún videojuego.

No dije nada de eso.

—Cancerbero te echa de menos —dije, en cambio, y señalé al galgo, que se había sentado a sus pies con la dignidad del que ha trabajado toda la vida y ahora cobra en caricias.

Nacho sonrió sin querer.

—Yo también lo echo de menos —contestó. Y luego, como quien abre una puerta sin darse cuenta de que daba a otra habitación—: Echo de menos muchas cosas.

Me senté a su lado. No lo miré. Miré la calle, que es lo que se hace cuando alguien está a punto de decir algo y no se le quiere asustar.

—Yo también —dije.

No pregunté más. Nos quedamos diez minutos así, dos hombres de edades inverosímilmente distintas mirando una calle donde no pasaba nada. Cuando Nacho se levantó tenía los ojos rojos, pero no había dicho ni una palabra de más ni de menos. Subió despacio. Cerró el portal con cuidado.

Cancerbero me miró con la expresión de quien ha hecho su parte del trabajo y espera que se le reconozca. Se lo reconocí.

— ✶ —

De la llamada a Inés, que esta vez era yo quien la hacía

Llamé a Inés a la mañana siguiente, no esa noche, porque he aprendido que algunas conversaciones requieren haber dormido antes. Le conté todo junto: la bolsa, los cargos de Julián, los lunes, el dinero que pedía con excusas distintas, el escalón. Inés escuchó sin interrumpir. Cuando terminé, hizo la pausa que hace cuando algo le resulta correcto y prefiere no decirlo todavía.

—Don Justo, le voy a decir algo que no le va a gustar: ha descrito usted un caso entero sin que nadie se lo explicara. Los cargos pequeños, los préstamos, la bolsa de deporte, la irritabilidad de los lunes. Todo apunta al mismo sitio.

—¿A qué sitio?

—Apuestas deportivas, casi con seguridad. Pero no se lo diga a nadie todavía. Y menos a él.

—¿Por qué?

—Porque ponerle nombre a una cosa suele ser lo primero que hace que se esconda mejor. Si usted le dice a un chico de dieciséis años «sé que apuestas», lo que oye es «sé que has mentido, sé que has gastado el dinero de tu padre y se lo voy a contar a todo el mundo». Las tres cosas a la vez. Y lo único que consigue es que borre la aplicación esa misma noche y no vuelva a hablar con usted.

—Entonces ¿qué hago?

—Lo mismo que ha hecho hasta ahora. Estar cerca. Y que sea otra persona quien dé el primer paso, si puede ser: alguien de su edad que no le pida nada a cambio.

—Sofía.

—Sofía ya lo ha hecho a medias. Y tiene una ventaja que usted y yo no tenemos: no es un adulto.

Le pregunté si estaba segura de que era eso. Inés dijo que no, que seguridad no, que lo que tenía era un patrón y que los patrones se confirman o se descartan, pero no se ignoran. Luego dijo algo que apunté antes de que terminara la frase:

—Hay una palabra para lo que debe de estar viviendo ese chico y no es ni «adicción» ni «problema». Es más antigua. Zozobra.

La busqué esa noche en el diccionario, que es lo que hace un portero jubilado cuando una criminóloga le dice una palabra que no puede dejar de repetirse. Zozobrar es, en la mar, lo que le pasa a una barca cuando peligra o se va a pique; en tierra, el estado de quien vive con la inquietud y la congoja de no poder sosegarse. Las dos cosas a la vez, pensé. Un chico en una barca que se está volcando y que, para no hundirse, rema cada vez más deprisa.

— ✶ —

De lo que Remedios dijo sobre los casinos y de lo que don Justo pensó después

Se lo conté a Remedios en la cocina, mientras ella pelaba una naranja con la concentración de quien pela una naranja y escucha a la vez.

—O sea que es como un casino —dijo cuando terminé.

—Algo así.

—Los casinos no tienen ventanas ni relojes. Lo sé porque me lo contó la Conchi, que fue a uno en Madrid con el club de lectura y salió convencida de que la habían engañado con el tiempo. —Separó un gajo—. Esto es un casino que cabe en el bolsillo, está abierto a las tres

de la madrugada y le llega a un chico de dieciséis años sin que tenga que pasar por ninguna puerta.

No contesté. No tenía nada que añadir. Anoté la frase en la libreta azul con las comillas puestas, porque a Remedios hay que citarla con exactitud.

Luego pensé en el barco encantado del Ebro, el episodio en que don Quijote se sube a una barca abandonada convencido de que va navegando hacia una aventura extraordinaria y en realidad solo va río abajo, cada vez más deprisa, hacia las aceñas de un molino. Está convencido de que rema hacia algún sitio. Solo se acerca a la rueda.

No lo escribí en la libreta. Era una comparación demasiado cómoda para un chico de dieciséis años que de cómodo no tenía nada. La dejé donde se quedan las cosas que uno piensa y no escribe, entre lo que sabe y lo que todavía no sabe cómo decir.

Cancerbero abrió un ojo desde el suelo, me miró y lo cerró. Mañana Inés me explicaría lo que había debajo de todo aquello. Esa noche solo sabíamos dónde mirar.

La participación de menores de edad en los juegos de azar está prohibida en España por el artículo 6.2.a de la Ley 13/2011, de regulación del juego. Los operadores con licencia deben verificar la identidad y la edad de sus usuarios para impedir el acceso de menores. Por su parte, el Real Decreto 958/2020 establece restricciones a la publicidad y promoción del juego, y prohíbe las comunicaciones comerciales dirigidas a menores o destinadas a incitarlos a jugar.

Sin embargo, estas medidas no eliminan todas las vías de acceso: un menor puede utilizar la cuenta de un adulto o acceder a plataformas sin licencia española. Estas posibilidades constituyen riesgos que deben tenerse en cuenta, aunque no conviene presentarlas como las vías más frecuentes sin datos que lo acrediten.

Las señales de alerta en un adolescente pueden ser inespecíficas: abandono de actividades que antes le interesaban, peticiones repetidas de pequeñas cantidades de dinero con explicaciones cambiantes, uso del móvil a escondidas, irritabilidad o cambios de ánimo relacionados con los resultados deportivos. Ninguna de estas señales demuestra por sí sola que exista un problema de juego, pero su aparición conjunta puede justificar una conversación y una observación más atentas.

La reacción más útil de un adulto cercano es mantener el vínculo, escuchar y preguntar sin acusar. Si existe preocupación, la Fundación ANAR ofrece atención gratuita y confidencial a niños y adolescentes en el teléfono 900 20 20 10. La Federación Española de Jugadores de Azar Rehabilitados (FEJAR) dispone también de un teléfono gratuito de ayuda e información: 900 200 225.

Para las personas adultas que desean impedir voluntariamente su acceso a determinados juegos existe el Registro General de Interdicciones de Acceso al Juego (RGIAJ), gestionado por la Dirección General de Ordenación del Juego. Esta inscripción no constituye un bloqueo universal de todas las plataformas o modalidades de juego.

No son casos. Son personas.